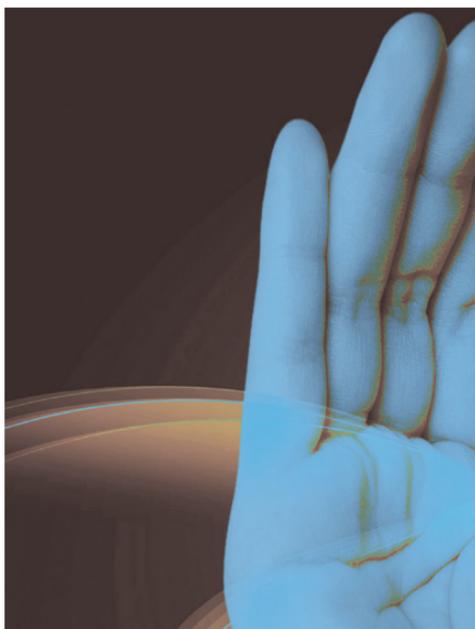


UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Instituto Superior de Pastoral

# A la escucha de Dios hoy

## Audacia y creatividad



**verbo divino**

# Contenido

Presentación .....	7
Juan Pablo García Maestro	

## I PONENCIAS

Dios habla en la historia .....	13
José Luis Corzo Toral Instituto Superior de Pastoral-UPSA Madrid	
La Palabra de Dios en el diálogo entre Dios y el ser humano.....	39
Lorenzo de Santos Martín Instituto Superior de Pastoral-UPSA Madrid	
¿Quién es Dios para nosotros hoy?.....	55
F. Javier Vitoria Cormenzana Universidad de Deusto-Bilbao	
Las imágenes de Dios y sus consecuencias pastorales ..	87
Carmen Barba Pérez Instituto Superior de Pastoral-UPSA Madrid	
La Palabra como fuente de audacia y creatividad .....	139
Pepa Torres Pérez Instituto Superior de Pastoral-UPSA Madrid	
La Palabra, fuente de compromiso socio-político .....	159
José Luis Segovia Bernabé Instituto Superior de Pastoral-UPSA Madrid	

II  
MESA REDONDA 1

Descubrir a Dios en las distintas realidades

Descubrir a Dios en la realidad política José Luis Centeno Puig Comunidad P. San Hilario, Madrid .....	189
Descubrir a Dios en lo social Agustín Rodríguez Teso Parroquia Santo Domingo de la Calzada, Madrid.....	211
Hablar de Dios en el ámbito cultural Jesús Rojano Martínez Instituto Superior de Pastoral-UPSA Madrid .....	217

III  
MESA REDONDA 2

La teología pastoral en la formación de los cristianos

La teología pastoral en la formación de los futuros presbíteros Gaspar Hernández Peludo Universidad Pontificia de Salamanca.....	231
“Llamados a crecer como evangelizadores” (EG 121). La teología pastoral en la formación de los religiosos Santiago García Mourelo Universidad Pontificia Comillas .....	251
La formación pastoral del laicado Estrella Moreno Laiz Instituto Diocesano de Pastoral, Bilbao .....	265

IV  
GRUPOS

Trabajo de grupos .....	281
-------------------------	-----

## Presentación

Juan Pablo García Maestro, OSST  
Profesor del Instituto Superior  
de Pastoral-UPSA y coordinador  
de la XXVII Semana de Teología Pastoral

Durante los días comprendidos entre el 26 y el 28 de enero de 2016 se celebró en el Instituto Superior de Pastoral (ISP) de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid la XXVII Semana de Teología Pastoral. Esta vez, el tema de las jornadas llevaba como título *A la escucha de Dios hoy. Audacia y creatividad*. ¿Qué puede aportar la teología pastoral a esta cuestión? Esta es la pregunta central a la que se quiso responder en dichas jornadas.

Hace ya unas décadas, Karl Rahner escribía su obra *Oyente de la Palabra. Fundamentos para una filosofía de la religión*. En el texto, el gran teólogo alemán hablaba de la revelación como un acto de comunicación de Dios. Hoy vivimos la era de las comunicaciones y, en este maremágnum de mensajes cruzados, de debates sin argumentos, de crispación política y de confusionismo, todos necesitamos ponernos a la escucha. Esta XXVII Semana quiso ser eso, un acto de escucha de la Palabra

de Dios, que se vuelca a los hombres y mujeres de múltiples modos.

¿Han perdido las personas de nuestra sociedad secularizada la condición de “oyentes de la Palabra”? ¿Los cristianos creemos que Dios sigue hablando en la historia? ¿O se ha convertido Dios en un extraño en nuestra propia casa y en nuestras comunidades?

Dios habla, pero muchos creen que también calla. ¿Calla Dios en el mar, ese lugar que se ha convertido en un grandísimo cementerio para tantas ilusiones de niños y adultos que huyen de la guerra y la miseria? ¿O somos nosotros los que hemos perdido la capacidad de llorar ante estos dramas y nos dejamos arrastrar al abismo infernal de la indiferencia?

Optar por el tema de quién es Dios para nosotros surgió de una observación que el profesor Felicísimo Martínez señaló en la reunión que tuvimos el claustro de profesores para organizar estas jornadas. Los temas de Iglesia ya están un tanto agotados; *hoy es tiempo de hablar de Dios*.

Esta cuestión se debe afrontar a partir de los siguientes enunciados:

*Primero:* ¿Cómo Dios sigue hablando en la historia? ¿Cómo viven nuestras comunidades los hechos históricos contemporáneos?

*Segundo:* ¿Qué importancia pastoral le damos a la pregunta “quién es Dios”? ¿Qué buena noticia evoca a los hombres y mujeres de hoy? ¿Qué Dios queremos que hable en la historia: el Dios de la Vida o los ídolos de la muerte?

*Tercero:* El subtítulo de la semana tiene su trascendencia: *La Palabra, fuente de audacia y creatividad*. La Palabra de Dios no es neutra, sino que está descarada e incondicionalmente de parte de las víctimas. Ante un

mundo y una humanidad en riesgo de fragmentación y desvalor, el desafío es historizar la misericordia, fomentando la cultura y la espiritualidad del encuentro, el cuidado y la ternura. Esta XXVII Semana quiso responder precisamente a eso.

Como siempre, nos sentimos en la obligación de expresar públicamente el agradecimiento del Instituto Superior de Pastoral a cuantos hicieron posible este congreso: a los alumnos, a los alumnos y antiguos alumnos de nuestro centro, cuya fidelidad nos anima a continuar en el trabajo; a los ponentes y participantes en las mesas redondas; a los moderadores, secretarios de grupos y a los que con tanto esfuerzo y creatividad prepararon las oraciones y la eucaristía. Un reconocimiento al trabajo realizado por la compañera Felisa Elizondo en la revisión de los textos y la síntesis de las aportaciones de los grupos.

Nuestro agradecimiento a la Fundación Pablo VI, en la persona del director, que nos cedió los locales, y a Editorial Verbo Divino, que hace posible la difusión de los trabajos y las conclusiones de nuestra Semana.

Finalmente, agradecemos su presencia en la inauguración de las Jornadas a monseñor Carlos Osoro, arzobispo de Madrid, quien subrayó la importancia del tema para el diálogo entre las personas y la cultura, en el que se manifestase y percibiese el Dios de la misericordia.

# Dios habla en la historia

José Luis Corzo

Instituto Superior de Pastoral-UPSA Madrid

## Introducción

Nuestro castellano está plagado de expresiones religiosas como la de mi título. Se diría que somos el país más piadoso del mundo. *Dios lo quiera, lo manda Dios*<sup>1</sup>... Algunos dicen que arraigan en lo más hondo de nuestra fe, y añaden otros que influye mucho el habla musulmana que compartió nuestra piel de toro.

Y lo curioso es que esa forma de hablar se mantiene, aunque ya con muy poca o ninguna fe cristiana. Hoy, que todos confiamos en el saber mundano, más o me-

<sup>1</sup> “El hombre propone y Dios dispone”, “Dios escribe con renglones torcidos”, etc. Luis Eduardo Aute reúne muchas de estas expresiones en su canción *Idiosincrasia*: “Dios te ilumine, si Dios quiere,/ con la ayuda de Dios./ A Dios rogando y con el mazo dando,/ adiós./ Vaya por Dios, Dios mío, la de Dios/ es Cristo, como hay Dios./ Dios mediante, si Dios no lo remedia,/ los sin-Dios, con Dios, como Dios/ manda, palabra de Dios./ Aquí no se mueve ni Dios,/ castigo de Dios, por Dios, por Dios.../ Dios los crea, lo que Dios mande,/ Dios proveerá./ Dios aprieta pero no ahoga,/ a la buena de Dios./ La madre de Dios, en las manos de Dios,/ como Dios,/ por esos mundos de Dios,/ en nombre de Dios./ ¡Dios santo! ¡Dios no lo permita!/ Dios te bendiga,/ pordiosero,/ vive Dios,/ Dios se lo pague, vive Dios,/ Dios te oiga,/ vive Dios,/ Dios bendito, vive Dios,/ Dios nos pille/ confesados. Aquí no se aclara/ ni Dios,/ gracias a Dios”. Luis Eduardo Aute, “Idiosincrasia”, disco *Templo* (Ariola, 1987).

nos científico y verificable, y con él hablamos de la salud, de la meteorología, de la historia y hasta de la política, seguimos con el lindo “hasta mañana, si Dios quiere”. Lo malo es cuando deriva en asertos malsonantes o –tras el lío electoral– alguno dice que “será lo que Dios quiera”. “¿Y por qué tendría que serlo?”, le preguntarán otros. “Porque sin que Él lo quiera no hay gobierno que valga”.

A lo mejor, este fenómeno hispano del lenguaje también aleja un poco más de la fe a muchos conciudadanos nuestros, ya bastante despreocupados de responsabilizar a Dios no digo del gobierno, sino ni siquiera del último *tsunami* o de la malformación congénita de su bebé. ¿Y no habrá que alegrarse? Bonhoeffer, agudísimo observador de los signos de su tiempo, certificó desde su prisión nazi el nacimiento de una época totalmente no-religiosa, es decir, que ya no tiene a *dios* como “hipótesis de trabajo”<sup>2</sup>.

Pues bien, esta ponencia quisiera dilucidar qué aliento del Espíritu de Dios hay en quienes usan nuestra expresión –“Dios habla en la historia” (o la escribe o la dibuja)– y también en quienes la rechazan<sup>3</sup>. Es nuestra mejor actitud pastoral, ya que no me gustaría esforzarme en una lección teológica sobre la real intervención o no de Dios en nuestras historias para, luego, poder administrársela a nuestros parroquianos y alejados, en dosis apropiadas. Aquí preferimos una pastoral más *in fieri* que normativa, que busca amoldarse a la acción del Espíritu Santo.

<sup>2</sup> Son muy luminosas para todo esto las cartas de la prisión del teólogo mártir Dietrich Bonhoeffer, al que citamos implícitamente en varias ocasiones: *Resistencia y sumisión*, Ariel, Barcelona <sup>2</sup>1971.

<sup>3</sup> Dedicué mi última *lectio* académica (17 de octubre de 2013) a “La historia, lengua de Dios en teología pastoral: don Milani, por ejemplo”: *Salmanticensis* 3 (2014) 395-414.

Así que la pregunta es por el hálito del Espíritu de Dios en esas dos formas de hablar. ¿Acaso no veis en los que se niegan a cargar a Dios con nuestro mal gobierno una responsabilidad que los honra? Demasiado dijimos que los gobernantes representaban a Dios. Y en quienes repiten día y noche que “Dios así lo quiere”, ¿no adivináis su certeza en que “en Él existimos, nos movemos y somos” (Hch 17,28)?

Acariciemos, pues, con nuestra razón creyente –eso es hacer teología– esta doble sensibilidad: “Dios habla en la historia”. “No, de ninguna manera; la historia es cosa nuestra, ¡y así va ella! Nada es *vox Dei*”. En realidad ya podría terminar mi ponencia juntando ambas en la mejor versión –musical, por cierto– que he escuchado hasta hoy:

“No quisiera expresarme de una forma demasiado romántica, pero podría ver las circunstancias que he tenido que afrontar a lo largo de mis años como las notas de una partitura que me he encontrado delante. Me tocaba a mí hacer sonar esas notas que yo no había escrito”<sup>4</sup>.

Una música ajena, ciertamente, pero que la hemos de *tocar* nosotros. Y es que la música es casi tan hermosa como las palabras: nuestra *verbosidad* se la debemos al Creador, *verboso* también Él, desde “el principio”, que *se dice* a sí mismo... e hizo también locuaces a sus creaturas<sup>5</sup>. Pero además ¿nos dirigió a nosotros su Palabra *en la historia!* ¿Dónde, si no? Su arcana y misteriosa Palabra se hizo carne y en ella articuló su propio aliento vital para hacernos amigos: “Vosotros seréis mi pueblo

<sup>4</sup> Adele Corradi, autobiografía inédita por el momento y próximamente en *Educación(NOS)*.

<sup>5</sup> “Mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura/ y yéndolos mirando/ con sola su figura/ vestidos los dejó de hermosura” (san Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 5ª estrofa).

y yo seré vuestro Dios” (Jr 30,22). Hoy, aquel texto sagrado, la Escritura, ocupa nuestro atril comunitario y la hemos de leer con nuestras vidas. ¡En voz alta!, naturalmente: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes... enseñándoles a guardar lo que yo os he mandado” (Mt 28,19ss.)<sup>6</sup>.

Para entender nuestro dilema, tenemos que distinguir algunas cosas a la luz de nuestra esperanza y de nuestra fe, y recibidas del amor de Dios.

**1. El totalmente Otro, diferente de todo lo conocido y de todo lo desconocido, no es objeto de nuestros sentidos ni de nuestra mente. Trasciende la experiencia humana y nada absolutamente, ni los milagros, podría atraparle *in fraganti* en una acción temporal.**

Ya era muy costoso saltar el repugnante “gran foso” del que hablaba Lessing: el que separa... el conocimiento histórico y la verdad absoluta<sup>7</sup>:

“Las verdades históricas, como contingentes que son, no pueden servir de prueba de las verdades de razón, como necesarias que son”<sup>8</sup>.

Además, son muchos los que desconfían de la historia con el refrán popular “¡así se escribió la historia!”. El filósofo rumano Emil Cioran (1911-1995) la despreciaba:

<sup>6</sup> Y en versión paulina: “Ha hecho Dios brillar la luz en nuestros corazones para irradiar el conocimiento de la gloria que está en la faz de Cristo” (2 Cor 4,6).

<sup>7</sup> “On sait avec quelle maîtrise les grands Scolastiques résolurent ensuite le grand problème de transformer une histoire sainte en une science organisée” (H. de Lubac, *Dieu se dit dans l'histoire*, Du Cerf, París 1974, p. 39).

<sup>8</sup> G. E. Lessing, *Escritos filosóficos y teológicos*, Anthropos, Barcelona-Madrid 1990, p. 482, citado por P. Rodríguez Panizo, *La herida esencial*, San Pablo/Comillas, Madrid 2013, p. 81.

“Todos los sueños, filosofías, sistemas o ideologías se estrellan contra lo grotesco del desarrollo histórico: las cosas ocurren sin piedad, de un modo irreparable; triunfa lo falso, lo arbitrario, lo fatal. Es imposible meditar sobre la historia sin sentir hacia ella una especie de horror. Mi horror se ha convertido en teología, hasta el punto de creer que no se puede concebir la historia humana sin el pecado original”<sup>9</sup>.

Y, además, no conocemos nada *in intellectu*, *nisi prius fuerit in sensu*, nada sin los sentidos en nuestra mente. La filosofía del conocimiento es apasionante y alarmante, a la vez: ciertos *a priori* mentales —y hasta cerebrales— actúan con eficacia para elaborar nuestro conocer. La misma historia ni siquiera reside en los hechos brutos que acontecen, sino en “el sentido” que les otorgamos. Los periodistas, esta mañana por ejemplo, tejen con alguna intención hechos y palabras cuidadosamente escogidos para componer la crónica de hoy. Entre otros peligros, Simone Weil advirtió que “la historia es la sede de un proceso darwiniano más despiadado incluso que el que gobierna la vida animal y vegetal. Los vencidos desaparecen. No son nada”<sup>10</sup>. ¿Y va a ser ahí donde hable Dios?<sup>11</sup>.

Pero lo que más nos cuesta es invertir el esquema de nuestra verdadera situación ante Dios: ni le descubri-

<sup>9</sup> E. M. Cioran, Entrevista de J. L. Almira: *El País*, 13 de noviembre de 1983. El poeta León Felipe lo expresó de forma más amable: “¿Quién lee diez siglos en la historia y no la cierra/ al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?/ Los mismos hombres, las mismas guerras/ los mismos tiranos, las mismas cadenas,/ los mismos farsantes, las mismas sectas./ ¡Y los mismos, los mismos poetas!”.

<sup>10</sup> *Echar raíces*, Trotta, Madrid 1996, p. 174.

<sup>11</sup> “Jacques Delors, por entonces —mediados de los años ochenta— a la cabeza de la Comunidad Europea, encargó a una docena de académicos que redactaran una breve historia de Europa. El proyecto jamás se llevó a cabo, porque los historiadores no consiguieron ponerse de acuerdo... No cabe duda de que la objetividad histórica no existe” (Rosa Montero, “Historias”, *El País*).

mos ni le añadimos a nuestros saberes; es Él quien nos busca y encuentra cuando, por fin, nos reconocemos a nosotros mismos en su misteriosa presencia. No es objeto de nuestro conocer, sino al revés: somos conocidos por Él y, más que argumentar si existe o no, deberíamos suscitar entre nuestros conciudadanos la pregunta de en qué manos estamos y, en consecuencia, quiénes somos nosotros<sup>12</sup>.

¡Qué difícil pasar del *deus ex machina*, el *tapaagujeros* de nuestra ignorancia, al Dios que nos contiene! Su realidad nos descentra; ni cumple nuestros deseos ni nuestro porvenir mundano, sino que nos llama y saca de nuestras casillas, como a Abram y a Moisés (Gn 12,1; Éx 3,4ss.).

Reconozcamos, pues, que tanto el ser de Dios como la naturaleza de nuestro conocer nos piden renunciar radicalmente a ver a Dios como un elemento de la historia y del mundo, y a confundirlo con nada conocido. Es la teología negativa de nuestra mejor tradición espiritual, y cualquier hecho histórico quedará siempre en la ambigüedad.

Los milagros –todavía requisito indispensable de las canonizaciones católicas, y tan presentes en los evangelios– no pretenden otra cosa que suscitar el asombro con que señalan lo que está más allá de lo empírico, pero no prueban nada:

- a) Aparte de que pocos los vieron y resulta difícil su transmisión narrativa.
- b) La Biblia no los reconoce como una exclusiva del Dios verdadero (como las serpientes del faraón: Éx 7,11-12).

<sup>12</sup> Otras dos ponencias se preguntan por quién es Dios para nosotros y cuáles sus imágenes hoy.

- c) San Juan narra siete de ellos como epifanías (*semeion*) de la gloria de Cristo (cf. Caná).
- d) Los sinópticos repiten –y eso acredita la historicidad del relato– que Jesús rechazaba a quienes pedían señales del cielo –*semeion apo tou ouranou*– y no eran capaces de ver signos en las ocasiones temporales –*semeia ton kairon*– (Mt 16,3; Lc 12,56). Se necesita alma de niño para asombrarse ante lo extraordinario, y aquellos fariseos, escribas y saduceos no tendrán ya más señal que la de Jonás (Mt 16,4; 12,39; Lc 11,29), que, referida a la Resurrección, es acción exclusiva y directa de Dios y, como tal, solo de fe.
- e) En cuanto a su posibilidad teológica y científica –que no deberían discordar–, sus defensores actuales y, por cierto, también sus detractores consideran los milagros en el contexto de la física moderna, la del azar, la impredecibilidad matemática, la fluctuación cuántica y, en definitiva, la teoría del caos. Así tratan de situarlos en los intersticios de las leyes de la materia para que su existencia no contamine la Trascendencia divina, o bien para negarlos.
- f) Y, por fin, pedimos milagros, pero ¿qué clase de Creador necesitaría corregir su creación a cada paso? O, en paralelo, ¿qué clase de Salvador ha de interrumpir una y otra vez la libertad concedida a su mejor creatura, el hombre, y manipular el curso de la historia?

Tras la apologética antirracionalista de la fe cristiana, culminada en el Concilio Vaticano I, ni los milagros prueban a Dios ni la fe descansa sobre ellos. Todo indica que Dios se implica en la historia humana respetando su propia y maravillosa creación. El hombre ha he-

cho civilizaciones y culturas, ha creado la música y otras artes, ha vencido las pandemias y reconocido los derechos humanos, ha subido a la luna...

“Lo hiciste poco inferior a los ángeles<sup>13</sup>,/ lo coronaste de gloria y dignidad,/ le diste el mando sobre las obras de tus manos,/ todo lo sometiste bajo sus pies:/ rebaños de ovejas y toros,/ y hasta las bestias del campo,/ las aves del cielo, los peces del mar,/ que trazan sendas por el mar./ Señor, dueño nuestro,/ ¡qué admirable es tu nombre/ en toda la tierra! (Sal 8).

Puede que en nuestras vidas haya más de un milagro, que atribuimos a la Providencia<sup>14</sup> y que no queramos ahora cancelarla. Si me permitís usar una fábula –hermana menor de los mitos, según Umberto Eco–, os contaré el milagro de un náufrago piadoso, Romoletto Staticoni<sup>15</sup>.

**2. Y, sin embargo, Dios habló en la historia, pues sin *historia sagrada* no hay fe cristiana: nuestro credo le confiesa creador de cielo y tierra, que *habló por los profetas* y a su *Palabra* encarnada, Jesucristo, crucificado, muerto y sepultado, lo resucitó al tercer día. Solo su mediación humana nos es accesible. Creación y Resurrección, no.**

El Vaticano II recuperó para nosotros la certeza de una revelación divina histórica, narrativa, no argumen-

<sup>13</sup> “Lo has hecho poco menos que un dios”, traduce L. Alonso Schökel, *Antología de poesía bíblica hebrea bilingüe*, Editorial Fundación Teresa de Jesús, Zaragoza 1992, p. 153.

<sup>14</sup> J. Lison, *¿Dios proveerá? Comprender la Providencia*, Sal Terrae, Santander 2009.

<sup>15</sup> U. Eco, “Maestras de la vida”: *El País*, 4 de noviembre de 1988, traductor: Daniel Sarasola. El protagonista confiaba tanto en la ayuda de Dios que despreció las humanas, sin comprender que era así como Dios le ayudaba.

tativa y lógica. El padre De Lubac, como tantos otros, era un entusiasta de la constitución conciliar *Dei Verbum* y escribió un hermoso libro titulado *Dios se dice en la historia*<sup>16</sup>, “por obras y palabras intrínsecamente ligadas entre sí” (DV 2).

Nos será fácil reconocer que también la *historia sagrada* ha sido escrita con un criterio organizador e intérprete del sentido salvífico de ciertos acontecimientos<sup>17</sup>. Como las madres, cuando cubren a sus hijos de palabras y epítetos amorosos, llenos de exageración y de mentiras literales, expresan su gran verdad: ¡rey mío!, ¡corazón!, ¡vida mía! Así, el objeto de la historia sagrada no es certificar hechos del pasado, sino describir al Dios que nos salva. Su objetivo es mostrar la revelación de Dios en la historia, más que hacer la crónica de dicha revelación<sup>18</sup>.

Varias preguntas nos acucian a la vista de nuestra *historia sagrada*:

1ª. Que Dios nos hable en la condición temporal humana –si no, sería inaudito e inaudible, como si hablara en galaxias ajenas a la nuestra– ¿significa que *manipula* la realidad material, que interviene en ella?

La Biblia respondería que sí, sin duda, pues atribuye al Verbo de Dios más eficacia que a ninguna otra

<sup>16</sup> H. de Lubac, *Dieu se dit dans l'histoire*, o. c.

<sup>17</sup> Sirva de ejemplo esta rara observación laica: “La realidad es la comarca de lo contingente, entendiendo por contingente aquello que puede pasar o puede no pasar, sin que sea posible saber por qué pasa o no. En un texto literario, en cambio, todo lo que sucede debe ser necesario (...). Cada texto de Sacks [Oliver, neurólogo y escritor (1923-2015)] es una lección de montaje o de edición. Monta o edita la existencia de sus pacientes de tal modo que construye historias clínicas que sirven por igual a la ciencia y a la literatura” (J. J. Millás, “La ceguera como don”: *El País*, 31 de agosto de 2015).

<sup>18</sup> Cf. A. González, *La historia bíblica. Signo particular de liberación universal*, Escuela Bíblica, Madrid 1970.

fuerza<sup>19</sup>. Pero también podríamos contentarnos con identificar su Palabra con meras interpretaciones arbitrarias de hechos humanos bien contados, seleccionados y combinados entre sí, como hacen *Le Monde*, *The New York Times* o Telecinco. Esto ha llevado más de una vez a las religiones al exceso de chamanes, brujos y adivinos de todo tipo, que buscan afanosos cómo reconocer en signos visibles la intervención de Dios en la historia. ¿Será solo el éxito su voz? ¿O también el fracaso señala su enojo y su castigo?

2ª. ¿Cuál sería entonces el *sonido* de la voz de Dios? Si me permitís ahora como fábula una parodia de Woody Allen, comprenderéis la dificultad y hasta el abuso frecuente a la hora de hablar y, a veces, de imponer a otros la voluntad de Dios (la que un creyente desea aceptar con toda su alma):

“Abraham se despertó en mitad de la noche y dijo a su único hijo, Isaac:

—He tenido un sueño en el que la voz del Señor me ha ordenado que sacrifique a mi único hijo, así que ponte los pantalones.

E Isaac tembló y repuso:

—¿Y qué has dicho tú? Me refiero después de que Él te presentase la papeleta.

—¿Y qué iba a decir? —contestó Abraham—. Estaba allí de pie a las dos de la madrugada y en ropa interior ante el Creador del Universo. ¿Qué querías que dijera?...

Entonces Sara, que había oído sin decir palabra el proyecto de Abraham, se enfadó y dijo:

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que era el Señor y no uno de tus amigos tan bromistas? Dicen que el Señor aborrece las bromas de mal gusto...

A lo cual respondió Abraham sin dudarle:

<sup>19</sup> “La Palabra es viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos” (Heb 4,12). Que es fuente de *audacia* y *creatividad* y de *compromiso socio-económico* lo abordan dos ponencias en estas mismas jornadas.

—¡Estoy seguro de que era el Señor! Tenía una voz profunda, resonante, bien modulada, como nadie en este desierto...”<sup>20</sup>

3<sup>a</sup>. Insistimos: ¿no será, pues, posible *verificar* empíricamente la voz de Dios? Nunca jamás. Su palabra siempre está mediada por nuestras respuestas. Insistir en demostraciones objetivas revela que imaginamos la Palabra de Dios como algo de *fuera de este mundo*. Pero Él permanece inmanente a sus hijos, y hasta su Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros; solo habla en relación y diálogo con los seres humanos.

Además, esta es la cualidad más escondida de cualquier *palabra* que se precie: o se dirige a otro o se evapora<sup>21</sup>. “Quien habla a solas, espera hablar a Dios un día”, dijo Antonio Machado. Sara podrá reírse una vez más de la veracidad de semejante diálogo, pero a cualquier Abraham, como a nosotros, no le cabrá la menor duda. Veremos enseguida si tal diálogo es o no tan ambiguo.

El caso es que de insistir en acciones directas de Dios, sobrevenidas, empíricas, verificables, sin mediación humana alguna, no podemos entender nada. Siempre serían “objetivas” a la medida de nuestras expectativas históricas —y ¡occidentales!, para más señas—,

<sup>20</sup> Woody Allen, *Dieu Shakespeare et moi*, Du Seuil, París 1985.

<sup>21</sup> Se entiende muy bien el temor de Platón a la escritura: “Pues eso es, Fedro, lo terrible que tiene la escritura, y que es en verdad igual a lo que ocurre con la pintura. En efecto, los productos de esta se yerguen como si estuvieran vivos, pero si les preguntas algo, se callan con gran solemnidad. Lo mismo pasa a las palabras escritas. Se creería que hablan como si pensarán, pero si se les pregunta con el afán de informarse sobre algo de lo dicho, expresan tan solo una cosa que es siempre la misma”. [Las palabras] “tienen una simiente de la que en otros caracteres germinan otros discursos capaces de transmitir siempre esa semilla de un modo inmortal, haciendo feliz a su poseedor en el más alto grado que le es posible al hombre” (Platón, *Fedón*. *Fedro*, Alianza Editorial, Madrid 1999, pp. 266-270).

que solo nos servirían para regresar al *deus ex machina*. Y, de paso, para detectar supuestas omisiones culpables de Dios; tal vez en Auschwitz, como dicen algunos, o en las playas griegas de Lesbos... El caos de una providencia histórica diseñada por nosotros mismos sería absoluto<sup>22</sup>.

“El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona” y nos deja vivir sin la hipótesis de trabajo “dios” (en expresión sublime de D. Bonhoeffer). Y en ese respeto activo por la libertad de su creatura –a la que hizo *poco menos que un dios*– jamás lo abandona definitivamente al poder del pecado y de la muerte.

4ª. Y, por fin, ¿ya se acabó la *historia sagrada* o aún habla el Señor?

La revelación culminó en Jesucristo; en Él “nos lo dijo todo junto”, escribió san Juan de la Cruz. En el diálogo de Jesús de Nazaret con su Padre –durante su vida y su crucifixión–, llegó a su plenitud la Revelación salvífica de Dios en la historia humana.

Pero el máximo de su revelación está, paradójicamente, en el silencio del Padre en el Calvario, donde, “a pesar de ser Hijo, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos” (Fil 2,7). Su identificación con los últimos y con las víctimas de la historia fue tal que nadie en diálogo con Dios podrá dudar jamás de que Él acompañaba y acompaña a los que sufren, como hizo allí, y “levanta(rá) del polvo al desvalido... para sentarlo con los príncipes de su pueblo” (Sal 113), como ya lo hizo glorificando a Jesús; esa sí, una acción creadora, suya en exclusiva, directa, como

<sup>22</sup> Por ejemplo, un conocido –al hilo de una reciente serie televisiva– me decía hace poco, muy convencido, que Carlos V se equivocó al no liquidar a Lutero y a Bartolomé de las Casas.

quisiéramos que fueran los milagros. En la Pascua de la Resurrección,

“Dios produce algo que no está *dentro* del mundo. Dios (y no cualquier doble superfluo de la realidad presente y en evolución) es el Otro extraterritorial, más allá de nuestra totalidad y de nuestros sistemas, capaz de abrir la realidad e irrumpir en ella transformándola y creando lo nuevo (...). Solo el Dios que salva a los muertos puede justificar a los pecadores”<sup>23</sup>.

La Pascua cristiana anticipa el final escatológico de la historia dentro de ella misma. Ya podemos vivir una vida nueva, porque la glorificación de Jesús corrobora la validez de su entrega a los pobres y a los pecadores. Por eso algunos teólogos medievales ponían a Jesús en el centro –no al final– de la historia y creían inaugurado el milenio con la llegada de los *fraticelli* de Francisco de Asís<sup>24</sup>.

Pues bien, para poder asimilar ese destino final del tiempo histórico en nuestras vidas temporales permanece la acción del Señor, que es Espíritu (2 Cor 3,17) y que nos guía por los acontecimientos hasta la verdad completa (Jn 16,13). La posibilidad de una *lectura creyente de la actualidad* no se ha terminado.

**3. Nuestra salvación no comporta una historia feliz, sino ver su gloria. Es un don, no un logro humano, y ningún hecho histórico se homologa con ella. Ignoramos el sentido global de la historia, sometida al juicio divino. Dios es su fin (y no al revés). ¿Acaso el mal invalida la salvación de Dios?**

a) Nuestra sensibilidad secular moderna respecto del tiempo es muy contradictoria. Nietzsche daba

<sup>23</sup> H. Kessler, *La resurrección de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1989, p. 249.

<sup>24</sup> Cf. J. Ratzinger, “La teología de la historia en san Buenaventura”, en *Obras completas II*, BAC, Madrid 2013, pp. 355-573.

por terminada “la historia con final” (de origen judeo-cristiano) y auguraba un historia interminable, nueva versión del *eterno retorno*, que él aconsejaba vivir cultivando el olvido<sup>25</sup>. En nuestro tiempo, ya todo es temporal y autónomo; las cosas son de aquí o de ninguna parte. Y, por otro lado, somos excesivamente presentistas, nos falta memoria histórica y narrativa y casi carecemos de esperanza. ¡Con más instrumentos que nunca, nuestros proyectos son raquíticos! (Francisco, *Laudato si'*). No todo el curso de la historia humana, ni antigua ni moderna, ni judeocristiana ni occidental, oriental o africana es historia de salvación. Tampoco todo en nuestra historia personal está salvado: ¡cuánto tiempo perdido!, ¡cuánta misericordia necesitamos! De la historia humana ni siquiera sabemos si va hacia mejor (y, menos, a un mejor evaluado desde los parámetros occidentales desarrollistas). No hay que confundir –nos avisaba De Lubac y también Rahner<sup>26</sup>– la búsqueda con el don gratuito de su gracia.

En semejante marco, nuestra teología no debería exagerar el futuro histórico como si identificara la salvación de Dios con el éxito de la historia universal, sino que debemos perseverar en la memoria de Jesús y de su solidaridad con los marginados: ellos serán la verdadera voz de Dios –¡y no otra!– hasta el juicio definitivo de la historia (Mt 25).

<sup>25</sup> Cf. J. B. Metz, “Dios. Contra el mito de la eternidad del tiempo”, en AA. VV., *La provocación del discurso sobre Dios*, Trotta, Madrid 2001, pp. 35-53.

<sup>26</sup> “La historia se declara como el ámbito en el que no se encuentra la salvación..., como el ámbito de lo provisional, de lo inacabado, de lo ambiguo, de lo dialéctico... Toda utopía intramundana de salvación está ya rechazada de antemano como doctrina a condenar” (K. Rahner, “Historia del mundo e historia de la salvación”, en *íd.*, *Escritos de teología V*, Taurus, Madrid 1964, pp. 115-134).

Por lo demás, nos podría extrañar que la Comisión Teológica Internacional del Vaticano<sup>27</sup>, cuando estudió la teología de la liberación, constatará cierto desinterés del Nuevo Testamento por el curso de la historia: puede que fuese aquella una época muy distinta de la nuestra o que los primeros cristianos estuvieran convencidos de la inminente llegada del último día, pero creían más en la verticalidad de la acción de Dios que en su parsimoniosa horizontalidad. Les preocupaba, en cambio, el *cur tam sero*: por qué había llegado tan tarde el Salvador, que se lo perdieron los profetas, los reyes y los padres de Israel. No hay más que ver los antiguos iconos orientales de la resurrección como bajada de Cristo *ad inferis*.

La *economía salutis* es histórica y –contra toda *gnosis*– es indispensable para conocer la salvación de Dios. Pero la salvación no se homologa con la historia en la que se manifiesta; más bien, se diría que esta es “la máscara bajo la que se oculta Dios”<sup>28</sup>. Ni la salida de Egipto ni

<sup>27</sup> H. Schürmann, “Salvación escatológica de Dios y responsabilidad profana del hombre”, en Comisión Teológica Internacional, *Teología de la liberación*, BAC, Madrid 1978, pp. 43-80.

<sup>28</sup> La voluntad y la acción de Dios no coinciden, pues, con el curso del mundo visible y no pueden descubrirse en él a modo de *teleología*. Ocurre más bien que se contradicen a menudo con la lógica de la evolución y de la historia (triumfo del más fuerte, adaptación de los mejores, etc.), y una prueba clara de ello es la vida, muerte y resurrección de Jesús (tercer grado). De ahí que sea imposible equiparar los éxitos (triumfos, salud, larga vida) con la bendición de Dios y los fracasos con el castigo de Dios; puede ocurrir lo contrario. “El curso del mundo” –por decirlo con Martín Lutero– es a menudo “la máscara bajo la que se oculta Dios”. Pero esa acción de Dios, oculta bajo su contrario, nada tiene que ver con la hegeliana “astucia de la razón” en la historia. Mientras existan el sufrimiento, la injusticia y el pecado, no se podrá comprender el sentido global de la historia. No se puede entender especulativamente ni cabe sintetizar conceptualmente la relación que guardan entre sí la conservación y providencia de Dios (respetando la actividad propia del mundo) y su acción vivificadora y salvadora (el *opus proprium* de Dios). La afirmación de la unidad última de la acción de Dios es un enunciado de fe y de profesión de fe que debe realizarse

el regreso de Babilonia fueron etapas de una historia homogénea de salvación, sino solo capítulos de su revelación en esta historia, no culminada en la *Jerusalén libertada o conquistada*<sup>29</sup>. Hoy, Jerusalén es una de las ciudades más divididas y disputadas del mundo; grandes regiones de la Iglesia primitiva son hoy tierra musulmana. Y, más cerca de nosotros, si el Señor hubiera adelantado milagrosamente la victoria de los aliados y librado a los judíos de Auschwitz<sup>30</sup>, sin duda habría salvado sus vidas –¡nada menos!–, pero con ello no habría culminado la *historia salutis* y, de rechazo, el Señor de Israel estaría implicado en la victoria final, ¡tras el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki! “Del día y la hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo; solo el Padre” (Mt 24,36).

b) El escándalo del mal aumenta nuestra inquietud por la historia, pero ¿acaso el mal invalida la acción salvífica de Dios? Tal vez sea así para quien solo admite un Creador, pero “nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles... pero fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Cor 1,23ss.).

Esta es la cuestión de la teodicea, definitivamente iluminada en la cruz de Jesucristo. El silencio de Dios en el Calvario parece desazonarnos más a los creyentes que a nuestros contemporáneos, ya muy secularizados y alejados de todos los dioses, pero ¿no sería este el momento de manifestar a todos –como hace Francisco– que el escándalo mayor está en la crueldad e indi-

existencialmente frente a las antinomias del mundo” (H. Kessler, *La resurrección de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1989, p. 242).

<sup>29</sup> Es el título de una obra de Torcuato Tasso (1544-1595), después llamada *La Jerusalén conquistada*.

<sup>30</sup> Cf. L. Fackenheim, *La presencia de Dios en la historia*, Sígueme, Salamanca 2002.

ferencia de un mundo que se ha hecho “adulto”? Hemos de preguntarnos más veces qué salvación de Dios predicamos.

4. Observar de cerca la mediación humana en el actuar histórico de Dios.

– Solo el *amor* es digno de fe<sup>31</sup>: rebasa lo humano sin quitar su protagonismo.

– Gracias a la fe en la Palabra de Dios (Evangelio) podemos interpretar los *signos de los tiempos*.

Lo más apasionante, creo yo, de nuestra reflexión es observar atentamente la cercanía continuada de Dios en la historia, *mediada* –no directa– por hombres y mujeres concretos, como Jesús de Nazaret, el hijo de María, y también por vosotros y por mí.

Hablamos de la Causa increada inmanente en las causas segundas –según santo Tomás<sup>32</sup>–, pero que no las instrumentaliza a su antojo, como objetos, sino que las respeta en su libertad, en su creatividad y en su esfuerzo<sup>33</sup>. Dios actúa “a medias con nosotros” en una verdadera relación interpersonal de confianza mutua (que, desde aquí llamamos *fe* y, en Él, fidelidad a su alianza). Es así como interviene en nuestra historia quien no *duerme ni reposa* (Sal 121).

a) Debe ser algo parecido a como actúa el espíritu humano sobre nuestro cerebro; sin él, el espíritu per-

<sup>31</sup> Es el célebre título de U. von Balthasar, *Solo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 1971.

<sup>32</sup> “Deus operatur in omni operante” (*Summa Theologiae* I, q. 105, a. 5). Y respecto del ser humano: “Gratia non destruit sed supponit et perficit naturam” (*ibid.*, q. 1, a. 8, ad 2).

<sup>33</sup> Cf. P. Castelao, “¿Qué significa que Dios actúa en la creación?": *Religión y escuela* 296 (2016) 18-21, donde prefiere el término “panenteísmo” para esta acción no “categorial o puntual” de Dios en la historia.

sonal quedaría fuera de juego, pero –aunque bastante programado– el cerebro no determina ni predice la vida individual; el espíritu le inspira y le respeta. Nos sucede a diario, y seguro que a vuestra mente llegan mensajes reconocibles del hábito divino: de pronto se ve claro que hay que pedir perdón o perdonar de corazón; o entregar más tiempo o dinero o esfuerzo... para ayudar al hermano; o que hay que “dejarlo todo y seguirle”.

No se trata de ocurrencias fortuitas y sin fundamento; se apoyan en el testimonio –entrega personal, al fin y al cabo– de innumerables testigos, desde aquella entrega de Jesús en la cruz. Ellos manifiestan cuál puede ser la intención de Dios en su revelación en la historia: “que todos los hombres se salven y lleguen –lleguemos– al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tim 2,4).

b) La colaboración de Dios con nosotros también debe ser parecida al amante que influye y sugiere, que espera paciente y que perdona, que vuelve al principio, que se lleva *al desierto* al ser amado y le habla al corazón hasta que le responda (Os 2,16).

¿Y quién de los dos diremos, después, que actúa? ¿El amante o el amado? ¿Las conexiones cerebrales o cierta inspiración espiritual (valga la redundancia)? Es el momento narrativo (y literario) de la hipérbole que exagera (y hasta del hipérbaton que cambia el orden de las cosas): acabamos en la otra orilla del mar Rojo, porque Dios nos sacó; “¡un guerrero, Yahvé! Los carros del faraón y sus soldados precipitó en el mar” (Éx 15,3-4). “El Señor ha hecho en mí maravillas... Dispersó a los soberbios... derribó a los potentados y exaltó a los humildes” (Lc 1,49ss.).

Nuestra teología no piensa en un dios griego –dinámico universal o razón pura–, sino en la realidad tri-personal de Dios, capaz de intención, si nos entrega a su Hijo y al Espíritu amoroso de ambos con el que

convocarnos *sobre este monte a un banquete de manjares y vinos generosos* (Is 25,6).

¿Y cómo actúa el amado? El amor que recibe le sostiene cuando se entrega a los hermanos y (como hoy se dice) le retroalimenta: la fe sostiene al amor y el amor sostiene a la fe. Al entregarse a los demás no nos hundimos, sino que el corazón se inunda de una alegría extraordinaria que recarga la entrega.

Pongo ejemplos casi intimistas, pero la Iglesia, pueblo de Dios, ha marcado –con mil ambigüedades– la historia occidental durante veinte siglos<sup>34</sup> y ella confirma la verdad del amor de Jesús *hasta el extremo* (Jn 13,1) (y al revés). Aun así, ¿sería imperdonable que nos apropiáramos como de una exclusiva cristiana del amor humano!

1. Hablemos del **amor**. Y, claro está, del que también procede de Dios<sup>35</sup>, el de condescendencia, que supera la condición humana conocida; del *agape* hasta unilateral, capaz de dar la vida por el ser amado y hasta de amar al enemigo. Mujeres y hombres de la historia, lejos y cerca de nosotros, acogen misteriosamente y entregan libremente un amor así. ¡Es un milagro! Me gusta reconocerlo también en esas imágenes anónimas del Tercer Mundo en las que una madre desnutrida ofrece su pecho imposible a un bebé raquí-tico. Confían, sin mucho cálculo, en un amor divino y se entregan de lleno a los demás.

Karl Rahner derivó su teología sobre la acción de Dios, desde las causas primera y segundas de santo To-

<sup>34</sup> Cf. J. M. Laboa, *Por sus frutos los conoceréis. Historia de la caridad en la Iglesia*, San Pablo, Madrid 2013.

<sup>35</sup> “Amigos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,7).

más, hacia el análisis de la dialéctica existencial y ontológica en que vive el ser humano y que nos abre al Absoluto en las acciones más cotidianas. Así describió un cristianismo anónimo que, lejos de banalizar la revelación bíblica del amor de Dios, la reconoce *extra moenia* (fuera de las murallas). Tal inquietud de nuestro corazón (san Agustín) se la debemos a Dios mismo, y también con ella realizamos las obras de Dios en nuestra vida temporal.

Quando el pobre nada tiene y aún reparte,/ cuando un hombre pasa sed y agua nos da,/ cuando el débil a su hermano fortalece,/ va Dios mismo en nuestro mismo caminar (bis)./ Cuando alguien sufre y logra su consuelo,/ cuando espera y no se cansa de esperar,/ cuando amamos aunque el odio nos rodee,/ va Dios mismo en nuestro mismo caminar.../36.

Así pues, que Dios habla en la historia “a medias con nosotros” excluye que Él solo interfiera o manipule los hechos brutos de la historia. Es en la entrega por amor a su pueblo y al prójimo donde está el Espíritu del Señor; en la entrega de sus profetas y de su Hijo. Y ese es el rasgo primordial del testimonio de sus testigos: la entrega personal con la tradición recibida (*parádoxis*). Recordad el texto de Pablo en 1 Cor 11,23ss., en una conjugación completa del verbo *paradidomi*:

Yo recibí (*parélabon*) del Señor lo que os he transmitido (*parédoka*): que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado (*paredideto*), tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: “Este es mi cuerpo, que se da por vosotros (*tò yper ymon*); haced esto en memoria mía”<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> Texto de José Antonio Oliver y música de Miguel Manzano, que sintoniza muy bien con K. Rahner, “Sobre la experiencia de la gracia”, en *íd.*, *Escritos de teología* III, Taurus, Madrid 1963, pp. 103-107.

<sup>37</sup> Cf. G. Amengual, “Notas para una teoría y una pedagogía del testimonio”, en *íd.*, *La religión en tiempos de nihilismo*, PPC, Madrid 2006, pp. 147-184.

2. Los **signos de los tiempos** se pueden distinguir en paralelo con el amor y la esperanza con que vivimos los creyentes los acontecimientos históricos. Como todos los signos y señales –a diferencia de los símbolos–, lo son de algo ya conocido de antemano. Por eso señalan la salvación de Dios a quien ya la conoce por su fe y dependen totalmente de la interpretación creyente de la realidad. Se diría que hay cierta mecánica en la *lectura creyente de la actualidad*: a estos hechos se aplica la memoria de Jesús y de la Pascua (como hacemos también al celebrar la eucaristía en mitad de la historia).

Esto no significa que se trate de acontecimientos solo para creyentes; al contrario, compartimos mil signos de la historia reconocibles también sin la fe como indicadores del progreso, de la paz, de la justicia, etc. Pero si utilizamos esta expresión, recuperada por Juan XIII en su *Pacem in terris* y, después, por la *Gaudium et spes* del Vaticano II<sup>38</sup>, es porque los interpretamos con la *historia salutis* y los vemos unidos –como ya dijimos– a dos enseñanzas concretas de Jesús: una, en polémica con quienes le pedían signos<sup>39</sup>; otra, con su anuncio escatológico, a la vista de Jerusalén, cuando los discípulos le piden: “Dinos cuándo serán estas cosas y cuál será la *señal* de tu venida y del fin del mundo” (Mt 24,3) o “la *señal* cuando todo esté para cumplirse” (Mc 13,4; Lc 21,7).

El Maestro les advierte que “se levantarán falsos cristos y falsos profetas y darán grandes *señales* y prodigios para engañar” (Mt 24,24; Mc 13,22). Y añade que deben aprender “la parábola de la higuera” y que “nadie

<sup>38</sup> Cf. las alusiones a la historia en GS nn. 1, 4, 11, 44, 55 y 62.

<sup>39</sup> También pedían señales sus paisanos nazarenos Mt 13,58; Mc 6,5-6; Lc 4,23ss.

sabe del día ni la hora, sino solo el Padre” (Mt 24,32.36; Mc 13,28.32; Lc 21,29). El Concilio prefirió omitir estas citas evangélicas para no vincular *signos de los tiempos* a un contexto solo escatológico<sup>40</sup>.

De hecho, varios documentos conciliares señalan signos de nuestra época muy positivos y acordes con la salvación de Dios, como había hecho Juan XXIII en su *Pacem in terris*, donde señaló:

- a) El reconocimiento de los derechos humanos.
- b) La emancipación de los pueblos colonizados.
- c) Y también de la mujer.
- d) La sensibilidad pacifista.
- e) El ascenso social y económico de la clase obrera<sup>41</sup>.

Estos signos alimentan la entrega amorosa y comprometida de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad. Pero otros, como el daño causado a nuestra madre tierra —en la *Laudato si'* de Francisco—, nos advierten y corrigen nuestras actitudes erróneas.

En cualquier caso, estos signos o cuantos podamos detectar nosotros mismos en el mundo o en nuestra propia vida no deben identificarse con intervenciones directas de Dios: “ha derribado el muro de Berlín”, “ha sacado de Siria a millones de refugiados”... E igualmente llamaría a error atribuirle como castigo o bendición ciertos hechos históricos personales o colectivos de los que no es su autor.

<sup>40</sup> Cf. A. Tornos, “Los signos de los tiempos como lugar teológico”: *Estudios eclesiológicos* 53 (1978) 517-532; J. Sobrino, “Los signos de los tiempos en la teología de la liberación”: *Estudios eclesiológicos* 248-249 (1989) 249-269.

<sup>41</sup> Cf. Ch. Böttigheimer, *¿Cómo actúa Dios en el mundo?*, Sígueme, Salamanca 2015, p. 195.

## Aprender a vivir nuestro tiempo y a rezar mejor

### 1. Francisco, en este mundo “sin Dios”, nos hace mirar a los crucificados

¿Cómo dialogamos hoy con la Palabra y el Espíritu de Dios?<sup>42</sup> Francisco, en la *Alegría del Evangelio*, nos enseñaba que la homilía –gracias al sacerdote– es precisamente un diálogo entre el texto proclamado y la comunidad. Quien preside tiene ante el atril los temores, dudas y alegrías de todos en estas circunstancias históricas concretas, y para interpretar una partitura al piano o a la cuerda, más que discutir sobre su autor, hay que leer el pentagrama una y otra vez y distinguir bien *tempo* y arpeggios.

Francisco, por ejemplo –basta leer *Laudato si’*– siempre destaca los *signos de nuestro tiempo*, cuyos desafíos provocan respuestas personales y políticas, y él los sabe iluminar con el Evangelio. Resulta admirable su habilidad para llamar la atención de nuestra indiferencia ante los excluidos y crucificados por la injusticia. ¡Es una indudable opción pastoral, que hemos de imitar!

(No me resisto a subrayar que en esa provocación de las respuestas personales consiste precisamente la educación, no en llenar de consignas las almas infantiles. Y Francisco lo demuestra constantemente.)

### 2. Solo la fe nos deja ver la providencia de Dios en las “cañadas oscuras”

La *Providencia* divina es un rasgo profundo del Dios revelado en Jesucristo y, más precisamente, en su crucifi-

<sup>42</sup> La segunda ponencia de esta Semana de Pastoral abordará también esta pregunta.

xión. No es un dato empírico para la razón ni la muestran los hechos brutos de la historia. Providencia no significa que Dios aparta los obstáculos de nuestro camino, sino su compañía por *las cañadas oscuras* (Sal 23). No se podría citar mejor ejemplo de la Providencia divina que Jesús invocando a su Padre en la cruz. ¿O acaso creíamos que solo hay Providencia cuando nos va bien?

### *3. Rezar no es doblegar su voluntad, sino pedir que se cumpla, y no la nuestra*

Sobre la *oración*, muchos teólogos aseguran que es crisol o “piedra de toque de la fe”, como la llama Juan Martín Velasco:

“La oración de petición es la forma natural para el hombre de vivir la relación de fe-confianza en el Dios presente en nosotros (...). Y si la salvación no es otra cosa que Dios mismo, *salus tua ego sum, dicit Dominus*, ‘tu salvación soy yo mismo, dice el Señor’ [Sal 35,3], entonces lo que pedimos a Dios en toda oración de petición es Dios mismo (...). No hay dos clases de objetos de petición: los que se refieren a la salvación y los relativos a los bienes mundanos, sino que siempre que se trata de verdadera oración –y no de una forma de poner a Dios a nuestro servicio...– se tratará de la petición de la salvación en las muchas ocasiones en que las circunstancias de la vida nos llevan a verla amenazada”<sup>43</sup>.

### *4. La impotencia de Dios en la cruz muestra la cercanía del Dios cristiano*

Hablar de *la impotencia de Dios* nos resulta negativo, advierte nuestro colega Luis Maldonado, que ha situado a la historia entre los sacramentos primordiales

<sup>43</sup> J. Martín Velasco, *Orar para vivir*, PPC, Madrid 2008, pp. 73-75.

del cristianismo<sup>44</sup>. “Pero se supera esa impresión si se la acompaña de la otra cara de esa misma afirmación, a saber, la responsabilidad humana, es decir, la potencia del hombre. El esfuerzo de la teología actual es conjugar la dialéctica de esta paradoja”<sup>45</sup>.

El clamor de las víctimas de la historia –sus “ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvar[los] de la muerte”– fue escuchado (Heb 5,7) en la cruz de Cristo, como tan bien nos explicaba Julio Lois<sup>46</sup>.

## Conclusión

Si los faros de la fe cristiana apenas nos alumbran el futuro y los retrovisores muy poco el pasado, pues ejercitamos muy poco la memoria, los faros del presente son más potentes, y no podemos encandilarnos con una futura justicia universal que nos aleje de las víctimas de la historia que yacen a nuestro lado<sup>47</sup>. Quienes somos muy capaces de dar la vida en cualquier rincón del mundo no envidiamos la supuesta eficacia política a largo plazo. Bien sabemos nosotros que cada ser humano es un “universo de dignidad infinita”<sup>48</sup>.

<sup>44</sup> L. Maldonado, *Sacramentalidad evangélica. Signos de la presencia para el camino*, Sal Terrae, Santander 1987.

<sup>45</sup> L. Maldonado, *La esencia del cristianismo*, San Pablo, Madrid 2003, p. 59.

<sup>46</sup> Cf. J. Lois, *El Dios de los pobres*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2007.

<sup>47</sup> Cf. J. P. García Maestro, “El legado teológico de Gustavo Gutiérrez” (Pensar a Dios desde el reverso de la historia): *Lumen* 57 (2008) 247-271.

<sup>48</sup> L. Milani, *Experiencias pastorales*, BAC, Madrid 2004, p. 156. No es de recibo, por ejemplo, un gran afán por la excelencia de los líderes del futuro e ignorar a los niños que hoy carecen de escuela o –como dicen– *fracasan* en ella. Oí estremecido una confidencia del confesor de don Milani, cuando le visité poco después de su muerte: “Verle allí –me dijo– a la

Quisiera acabar en un acorde con la metáfora inicial de la partitura sobre el atril de nuestras vidas. Es de otra gran mujer, apasionada por *la condición obrera*<sup>49</sup>, Simone Weil. Así comentaba el “hágase tu voluntad” del padrenuestro:

“No estamos absoluta e infaliblemente seguros de la voluntad de Dios más que respecto al pasado. Todos los acontecimientos que se han producido, cualesquiera que sean, son conformes a la voluntad del Padre todopoderoso. [En el padrenuestro] pedimos la conformidad infalible y eterna de lo que se produce en el tiempo con la voluntad divina (...). Esto es lo que ocurre cuando sabemos hacer de todo acontecimiento cumplido, cualquiera que sea, un objeto de deseo. Es una actitud muy distinta de la resignación. La palabra *aceptación* es incluso demasiado débil (...). No porque lo que haya sucedido esté bien a nuestros ojos, sino porque Dios lo ha permitido y porque la obediencia del curso de los acontecimientos a Dios es por sí misma un bien absoluto”<sup>50</sup>.

Con quienes nieguen la voz de Dios en la historia y con quienes la den por segura hagamos una pastoral cada vez más encarnada en este tiempo que recuerde lo del Reino: “ya está en medio de vosotros” (Mt 17,21) y “no es de este mundo” (Jn 18,36).

luz de un candil, con un par de chavales deficientes a los que enseñaba a leer, me resultaba repugnante”.

<sup>49</sup> *La condición obrera* (1951) (Trotta, Madrid 2014) es una de las obras más conocidas de Simone Weil.

<sup>50</sup> S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 2009, pp. 132-133.